

RESEÑA

Sala Negra de El Faro, eds. *Crónicas negras: desde una región que no cuenta*. Prólogo Jon Lee Anderson. Editorial Santillana, 2013. 353 pp.

Ty West
Saint Mary's College, Indiana

Crónicas negras: desde una región que no cuenta les da cara, nombre e historia a las víctimas y los victimarios de los abusos de los derechos humanos en cuatro países centroamericanos: Guatemala, Nicaragua, Honduras y El Salvador. Según el título, estos países constituyen la región que no cuenta, que casi siempre está ausente del primer plano de los periódicos internacionales, y que no obstante desempeña un papel importantísimo en los procesos que más afectan a otros países americanos, como el narcotráfico y el pandillerismo. Los cronistas que contribuyeron obras a esta antología incluyen Carlos Martínez, Roberto Valencia, Daniel Valencia Caravantes, José Luís Sanz, Óscar Martínez y Juan Martínez, escritores que combinan la rapidez y fugacidad que caracterizan la crónica con la prolongada investigación y convivencia con los entrevistados. Son palpables las sensaciones, la ansiedad, los olores y el miedo que vivían estos escritores mientras investigaban escenas de violencia en Centroamérica. La combinación de su esfuerzo investigativo y la atención a la escritura culminan en una obra informativa, escrita de forma sugerente.

Estos cronistas son miembros de Sala Negra, un grupo de periodistas que se asocia con el periódico virtual *El Faro*, un proyecto periodístico que enfatiza la presentación de los hechos con una lucidez no contaminada por la corrupción ni los titubeos ante la necesidad de contar una verdad incómoda. Tal y como lo explican en su página, los periodistas de *El Faro* buscan contar historias sobre Centroamérica con profundidad y honestidad, diseminando su mensaje no sólo en la página virtual sino también en eventos, programas de radio y documentales. Uno de los muchos resultados de ese esfuerzo, *Crónicas negras* transporta al lector a los parques donde se reúnen los pandilleros, a las cárceles donde las autoridades y los reos luchan por el control, a las playas del caribe donde pasan las lanchas que cargan la droga y a las montañas donde la ausencia de la ley obliga a los habitantes a protegerse.

Un género literario capaz de armonizar categorías en pugna como el testimonio oficial y la especulación, estos periodistas eligieron la crónica para narrar la complicada realidad que se vive en estos cuatro países centroamericanos en el siglo XXI. Publicadas en 2011 en *El Faro*, el prologuista, Jon Lee Anderson, explica que las crónicas recopiladas en *Crónicas negras* se diferencian de las crónicas rojas, aquellas crónicas que se caracterizan por una estrategia de narrar los hechos que visibiliza la criminalidad, explota el espectáculo de la violencia y encandila al lector. Las crónicas negras, en cambio, buscan desentrañar los mecanismos institucionales, legales y sociales que conducen a la violencia, que capacitan al ser humano a matar sin piedad ni remordimiento y que crean las condiciones propicias para que abunde la desesperanza. Las crónicas negras trazan una genealogía del rencor que irrumpe en la sociedad con tal de sancionar la tendencia periodística de reparar en los resultados de los actos delictivos y no en las causas de los problemas verdaderos en Centroamérica. Problemas, por ejemplo, como un sistema penal plagado de corrupción y propenso a cultivar la delincuencia, la ausencia de los padres y madres de familia, el racismo, el sexismo, la falta de educación y atención médica y la adicción, entre otros.

Omnipresente en *Crónicas negras* es el deseo de entender cómo los países de Centroamérica siguen condenados en el siglo XXI a vivir una realidad violenta aún después del final de las guerras que acosaron la región en el siglo XX. El entendimiento se desenvuelve a base de recoger las memorias de los participantes en el testimonio, el documento oficial, la entrevista, el rumor, las fotos y los relatos escritos en los cuerpos de los pandilleros o en la arena de las playas de la costa caribeña. Importante es revelar los circuitos por los cuales transitan sujetos y productos que unen los países de las Américas y colocan la región centroamericana en el centro de los debates sobre la violencia y el crimen que envuelven a México, los Estados Unidos y Colombia, entre otros.

No obstante, la intención de entender la propagación de la violencia en la región, *Crónicas negras* también subraya la manera en que la escritura y la tecnología se alimentan en la actualidad. Desde por lo menos el siglo XIX la crónica se ha asociado con la capacidad de narrar lo nuevo y por lo tanto la crónica y la tecnología siempre han gozado de una relación íntima. Pero el contraste entre las crónicas de esta antología y las crónicas de los siglos XIX y XX yace en que las de *Crónicas negras* incorporan la tecnología no sólo en la narración de los eventos sino en la experiencia del lector. Tanto el uso de los chats como fuentes de información como las referencias a YouTube consolidan el papel de la tecnología en estas obras. Lejos del temor decimonónico de que las nuevas tecnologías como el telégrafo acabaran con la escritura bella, las crónicas negras manifiestan una fusión de los tipos de escritura que posibilita la tecnología (el chat, el mensaje de texto, el correo electrónico, la carta, la crónica) y celebran cómo se nutren y se devoran en una impresionante exhibición de contemporaneidad.

Crónicas negras se divide en cuatro partes, cada una correspondiente a un país centroamericano. La sección sobre El Salvador cubre temas tan diversos como los

refugios de menores delincuentes, el papel de la tecnología en la creación y divulgación de la reputación de un pandillero, el vocabulario del sicario, la cartografía del sistema penal, las repercusiones de la llegada de los pandilleros deportados de los Estados Unidos y la violación. Las crónicas se intercalan de tal forma que los temas se complementan y se estructuran para enfatizar el acto y no la noción de una versión verídica. Por ejemplo, en “Yo violada” Roberto Valencia recalca la inconsistencia de los testimonios orales y la tarea resbalosa de contar con los números exactos (¿eran diez violadores o quince?) con tal de darle visibilidad al problema y no sujetar la historia a la rigidez de la verdad. “La caverna de Choreja” de Carlos Martínez empieza de tal forma que el lector se siente en un laberinto donde habitan la realidad violenta y el delirio que provoca el miedo. Esta técnica literaria ayuda a Martínez a colocar al lector entre la experiencia de vivir en un recinto penal y los trastornos mentales que esa experiencia causa.

En la sección sobre Guatemala encontramos sorprendentes orígenes del narcotráfico en el país, incluyendo el curioso caso de los agentes libres que no observan ninguna lealtad al traficar para el mejor postor. En “Guatemala se escribe con zeta”, Óscar Martínez esboza la evolución del tráfico de drogas, pasando por la inmigración de cubanos en las décadas 1960 y 1970, la tendencia de los EEUU de hacer la vista gorda ante el narcotráfico y la llegada de los Zetas. También en esta sección encontramos un comentario sobre el papel del humor en la vida de los que se dedican al asesinato. “La locura de El Malvado”, de David Valencia Caravantes, indaga en el origen de la indiferencia necesaria para matar sin remordimiento y retrata al asesinato como una especie de desahogo que se maneja con el humor. Finalmente aparecen historias como “La comunidad que lincha”, también de Caravantes, que sobresaltan por obligarnos a contemplar la posibilidad de que todos bajo ciertas condiciones seríamos capaces de cometer un acto atroz. Algunas de las crónicas de esta sección se caracterizan por una estructura fragmentada y circular que señalan la sinuosa realidad del país y el aparentemente destino inesquivable.

La sección sobre Nicaragua nos lleva tanto a los centros urbanos como a las zonas más rústicas y olvidadas del país. “Barrio Jorge Dimitrov”, de Roberto Valencia, traza la historia del país a través de un barrio de Managua mientras que “Langostas, pangas y cocaína”, de Óscar Martínez, nos traslada a las comunidades indígenas de la costa caribeña para señalar tanto los estragos como las mejorías que ha traído el narcotráfico. “La muerte de Pen-Pen”, de Valencia, retrata el encuentro entre la ley, los medios y la raza que se vive en la ciudad de Bluefields, zona donde radica una gran parte de la comunidad afro-nicaragüense. Finalmente, la sección sobre Honduras incluye “Así es la policía del país más violento del mundo”, de Caravantes, que nos invita a cuestionar lo que separa a los militares de la policía. ¿A los dos los sujetan las mismas ataduras de la ley? En un país donde es complicado subsanar un problema que difícilmente se puede identificar, ¿cómo distinguir entre los delincuentes y los representantes de la ley? En “Se hunde Atlántida”, de nuevo Caravantes narra la

complicada correspondencia entre el turismo (una fuente importante de ingresos en la zona) y lo que perjudica al turismo (la diseminación de las noticias sobre la violencia). En las cuatro secciones los cronistas de Sala Negra nos revelan nuevos caminos hacia un mejor entendimiento del papel de la violencia, y todos los sistemas que participan en, y apuntan a impedir a ella.

A pesar de estar agrupadas según país, estas crónicas nos señalan múltiples caminos y personajes que atraviesan la región y nos hacen dudar de la viabilidad de una interpretación de las historias basada en la noción de un territorio nacional. *Crónicas negras* no sólo le brinda a la región centroamericana una visibilidad y un lugar merecidos en la historia de las Américas en el siglo XXI, sino que enseña que los ejemplos de la violencia y los abusos de los derechos humanos que pueblan sus páginas no sólo afectan a la región; también tienen orígenes y repercusiones transnacionales. El narcotráfico no respeta las fronteras; las pandillas circulan tanto entre países como entre barrios y cárceles. La forma en que estos cronistas encajan la región en una conversación más global, más humana y más universal crea interrogantes que todo lector encontrará pertinentes. ¿Qué ausencias morales y legales posibilitan a uno matar con impunidad o a usurpar la tierra de los más necesitados? ¿Cuáles son los procesos que dejan a uno sin más opciones que recurrir a la violencia? Cuando la ley no ampara ¿cómo se defiende el pueblo? *Crónicas negras* no ofrece respuestas a estas preguntas; visibiliza las condiciones que son necesarias para que semejantes preguntas sean inevitables.